

V. Blasco Ibáñez

Ceros y cantidades

(*El Pueblo*, 5-8-1898; *La Autonomía*, 13-8-1898; *La Unión Republicana*, 23-8-1898)

En la presente decadencia y con el buen deseo de la regeneración, fíjanse algunos en la masa neutra del país, en ese elemento que, dedicado a sus negocios o al goce de su fortuna, no tiene opiniones fijas ni se preocupa de los asuntos públicos y apenas si sabe el nombre de los que nos gobiernan.

Se equivocan y pierden el tiempo los que esperan iniciativas de la clase neutra.

Jamás en nación alguna los elementos apartados de la política hicieron nada por su propia cuenta. Son los más, pero su papel en la escena pública se reduce al de los coros en la ópera: buenos para acompañar y servir de fondo al canto de otros.

En la aritmética nacional esos elementos neutros son cantidades negativas; ceros que nada significan cuando están inertes, cuando viven en su indiferencia acostumbrada. Solo adquieren valor al agruparse en torno de la idea que triunfa, cuya cantidad aumentan considerablemente con el rabo de ceros que aportan.

Bien sabemos que ese elemento neutro constituye una gran mayoría en la nación. Pero nunca las mayorías hicieron revoluciones.

Los absolutistas por un lado y los amantes de la democracia por otro, formamos agrupaciones que son minorías en comparación con la masa neutra, aunque la nuestra es mucho más extensa y valiosa que la de los amigos de la tradición.

Si estos triunfasen, es posible que esa masa neutra, donde rebullen los egoístas, los tímidos, los adoradores del éxito, aportase al triunfo su caudal de ceros, y los que antes eran 40 000, fuesen después de la victoria 4 000 000.

Cuando la República sea un hecho, esa masa neutra vendrá a nosotros, y si ahora los demagogos, los revolucionarios, como quiera llamársenos, somos 100 000, seremos entonces diez millones.

Pero pensar que esos ceros sueltos, por su inspiración y sin una cantidad positiva que marche al frente, pueden hacer algo y cambiar la faz del país, es soñar en lo imposible.

Para dar vida, bienestar y familia por una idea, se necesita la fe, el fanatismo que impulsa al martirio voluntario, todo lo glorioso que se quiera, pero que al fin no es más que un suicidio, y estas condiciones no hay que buscarlas en

los hombres que ni siquiera saben formarse opiniones propias y por más que se lamentan en público, viven como Pangloss en el mejor de los mundos.

¡La masa neutra! ¿Qué ha hecho en todas ocasiones? Servir de coro a la minoría que ha sabido arrastrarla unas veces por el terror y las más por el entusiasmo y la novedad.

La Revolución francesa fue obra de una exigua minoría. Puede decirse que fuera de la Convención y de los cuatro clubs de París no había en Francia republicanos, y sin embargo, toda la nación les siguió por el camino del heroísmo.

La España del primer tercio de siglo fue liberal rabiosa o reaccionaria feroz cada cinco o seis años, según era el grupo político que ocupaba el poder. Esa masa neutra lo mismo se adornaba con la cinta verde gritando «Constitución y Muerte», como se calaba el gorro de piel de oveja y se afeitaba el bigote sonriendo a los que aullaban «¡vivan las cadenas!»

Es un gran elemento, sí, esa masa neutra, para consolidar los triunfos, para solidificar los nuevos edificios de la política: pero por lo mismo que es una fuerza puramente de conservación, no hay que pedirle que cree ni edifique. Tanto valdría que a la robusta columna que sostiene una casa la pidiéramos que trazase un plano o inventase un nuevo orden arquitectónico.

Para iniciar, para llevar a un país, por nuevos derroteros, están las minorías que, valiéndose de la audacia y de las circunstancias, saben imponerse. En la masa neutra solo hay que pensar para atraérsela después del triunfo.

No es un error menos capital creer que el ejército figura en la masa neutra.

No: el ejército tiene opiniones y debe tenerlas. No se compone como en otros siglos de mercenarios extranjeros ni de guerreros a sueldo de un déspota: es la nación armada, la patria que pelea, que da su sangre, y tiene un doble derecho por su cuna y por sus sacrificios a preocuparse de la suerte política del país donde ha nacido.

El ejército no es neutro; tiene su significación gloriosa en la política, y tal vez es esto la única cosa buena y consoladora que nos queda.

Digámoslo con alegría: el ejército español es, ha sido y será siempre liberal. «Religión de hombres honrados», como llamaba Cervantes al ejército, no anidará en él como espíritu general la ingratitud ni el renegar del origen.

Tal como existe hoy, lo crearon las Cortes de Cádiz, aquella asamblea revolucionaria cuyos discursos parecían los tiernos vagidos de la nueva España al nacer a la vida de la libertad.

Las reacciones de Fernando VII lo disolvieron por liberal, sustituyéndolo con la demagogia negra, con aquellas turbas armadas que se llamaban Voluntarios Realistas.

Se reorganizó por segunda vez al renacer la libertad frente a la guerra civil, y fueron sus padres Córdoba y Oraá; Mina y Espartero.

Podrá el ejército dentro del campo de la libertad haber avanzado unas veces y retrocedido otras; podrá haberse levantado contra el progresismo en Torrejón de Ardoz, siguiendo a Narváez, o haber derribado a la reacción unas veces con O'Donnell y otras con Prim; pero en estos cambios de opinión, hijos de las circunstancias, jamás saltó más allá de los límites del liberalismo; nunca sus espadas ni su fusiles se pusieron al servicio del usurpador y ni una sola compañía de pantalones rojos ha figurado nunca en las hordas de la reacción carlista.

Se comprende que sea así. Culto, generoso y caballeresco el soldado español, ¿cómo podría ser el hermano de armas de asesinos y ladrones como muchos cabecillas que han servido a los dos Carlos en la guerra civil?

Jamás el ejército, ocurra lo que ocurra, servirá al carlismo. Este ya tiene sus tropas. Si triunfasen los enemigos de la libertad, les estorbaría el actual ejército por ilustrado y civilizado, pues es tan culto como el primero de Europa; y no solo lo disolverían por esto, sino que arrastrados por compromisos de partido, tendrían que nombrar generales a los sucesores de Cucala, Rosas Samaniego, el cura de Santa Cruz, etc., y jefes y oficiales a todos los sacristanes, vagos, hambrientos y *sablistas* que están deseando que don Carlos levante partidas para comer, aunque sea a costa de corridas y sustos.

Repitémoslo en buena hora. El ejército español no es neutro ni indiferente. Es liberal.

Lo saben los carlistas mejor que nadie y por esto no salen.